

Conclusion. — Cruz de mi Salvador, qué admirable invencion sois, y cuán preciosa! Al imprimir en nuestros corazones el temor á la justicia de Dios, al inspirarnos una entera confianza en sus mesicordias, al llevarnos á amarle con un sincero y profundo amor,

pagandose con el amor, está en el orden que el amor reconocido tome los mismos medios que el amor bienhechor. Contemplémos bien la cruz de Jesus, y acordémosnos, desde luego, de todo lo que há tenido de padecimientos físicos y morales sufridos en ella, de lo martirizado que quedó este cuerpo despues de azotado, de coronado de espinas, de clavado, quedando cubierto de llagas, y su alma que há estado triste hasta la muerte. Mat. xxvi, 38. Despues acordémosnos que es el mundo culpable la causa de todas estas torturas, y que, en este mundo culpable, que consideramos en conjunto, nosotros en particular somos estos criminales. Y por último, con el recuerdo que debe aumentar y coronar todas estas emociones, es la caridad inconceivable de Jesus por el mundo, en particular por nosotros, y por mí, qué le há hecho lanzarse á la cruz en donde iba á salvarme en el momento de una muerte tñ cruel. *Me há amado y él mismo se há entregado por mí*, Galat. ii, 20, debemos decir tambien cómo San Pablo. Y qué resultará de ello, si nuestro corazon quiere ser consecuente consigo mismo, es decir, si quiere practicar lo que siénte ser logico y justo! Cómo el apostol tambien dirá: *Estoy con Jesus clavado en la cruz!* Galat. ii, 19. Debemos ser crucificados por nuestro Salvador, cómo él lo há sido por nosotros; debemos aspirar á sacrificios con esta sed de amor que desea conformarse con el Bien-Amado por una donación de sí que se asemeje, aunque de lejos, á la suya. Estamos muy obligados á decir de lejos; porque todo lo que hacemos y podemos hacer es mezquino al lado de lo que Jesus há hecho por nosotros, qué son nuestras cruces, tñ dolorosas cómo se las imagine, para poder ser colocadas en paralelo con su cruz! Porgámos por lo menos todo nuestro corazon, y agradarán al corazon de Jesus. Cuando este santo deseo há entrado en el alma, ella es ingeniosa para sus invenciones de cruz; ella aprovecha todo para el sacrificio. En las riquezas, sigue las inspiraciones de la caridad; en los goces del mundo, busca las amarguras para unirse al Salvador; en todas partes busca la cruz, que es tesoro aquí y corona en el cielo. (Etchevery. *Meditaciones.*)

nos acordais el más grande servicio que pudiéramos recibir, puesto que contribuis, de la manera más eficaz que esto pueda ser, á nuestra conversion, la cuál consiste precisamente en el temor á la justicia de Dios, en la confianza en su misericordia y en su amor. Démos gracias á Dios, cristianos, por esta invencion maravillosa de su amor por nosotros. Y para sacar los frutos en vista de los cuáles há inventado la cruz, pongámos frécuentemente su imagen á nuestra vista, y pensémos tambien con frécuencia en ella. Las reflexiones que nos inspirará nos unirán más y más estrechamente á Dios, que, á la hora de nuestra muerte, serémos bastante amigos para ser recibidos en el cielo. Así sea.

FESTIVIDAD DE LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ

TERCERA INSTRUCCION

En donde se encuentra la verdadera Cruz de Nuestro Señor.

I. Esta cruz se encuentra en todas partes. — II. Estimacion que es preciso hacer de ella.

Cuándo la madre del emperador Constantino, Santa Elena, hubo resuelto encontrar la cruz, desde mucho tiempo desaparecida, sobre la cuál Nuestro Señor Jesucristo había ofrecido su vida por la salvación del mundo, partió de Roma para Jerusalem, y despues de largas y difíciles averiguaciones, por fin la descubrió, cerca del mismo sepulcro del Salvador. Es de este descubrimiento ó invencion que celebrámos hoy la memoria. Segun esto, no nos separarémos de las intenciones de la Iglesia en la institucion de esta solemnidad, dirigiendo nuestras miradas hacia otra cruz diferente de la descubierta por Santa Elena, pero que nos es recordada por ella. Esta otra es igualmente la verdadera cruz de Jesucristo, segun la enseñanza de los Santos Padres; puesto que él la há llevado como la cruz del Calvario, y más tiempo. Tiene ella, ademas, por efecto, el com-

pletar aquella, que nos sería lo más frecuentemente inútil sin esta ¹. Cuál es, pues, esta otra cruz, y en dónde se encuentra? Esta otra cruz es todo lo que, en la vida, nos molesta y nos contraria ². Y mientras que la cruz del Calvario no se encontraba más que cerca del sepulcro del Salvador, en donde había sido enterrada y en donde Santa Elena la ha descubierto, la otra cruz de la cuál tengo que hablaros, se encuentra por todas partes, cómo va á serme facilísimo convenceros en la primera parte de esta plática. En la segunda, ensayaré haceros comprender, en pocas palabras, qué profundo aprecio debemos tener por esta cruz.

1. — *Cómo la cruz de Jesucristo se encuentra por todas partes.*
— Cuando una cosa es indispensable para la salvación, Dios tiene cuidado de que sea muy común, á fin de que pueda fácilmente procurarsela, y que nadie esté expuesto á perecer éternamente por haber carecido de ella. De todos los sacramentos, el más indispensable, es el del Bautismo. Así véd con qué facilidad puede ser administrado! No es necesario, en efecto, para conferirlo, más que algunas gotas de agua, que es el líquido más abundante que hay sobre la tierra, con cinco ó seis palabras pronunciadas

1. Nunc gaudeo in passionibus pro vobis, et adimpleo ea quæ desunt passionum Christi, in carne mea (COLOSS. 1, 24).

2. Crux non solum dicitur quæ tempore passionis ligni afflictione conficitur, sed quæ totius vitæ curriculo cunctarum disciplinarum virtutibus coaptatur, ut non solum intelligatur crux, ligni patibulum, sed piæ vitæ virtutisque propositum, unde omnis christiani vita, qui secundum Evangelium vixerit, crux est atque martyrium (S. MAX. de Martyr.). — Le païen ou le philosophe ne voit en cela (dans ce qui nous gêne et nous contrarie) que l'effet des causes naturelles; mais le chrétien que la foi éclaire y voit la main de Dieu qui dispose, ordonne ou permet tout pour notre plus grand bien, pour nous rendre semblables à son divin Fils, dont toute la vie a été une croix et un martyre; pour nous former aux vertus solides de la patience, de la résignation, de l'humilité; enfin, pour nous faire acquérir plus de bonheur et plus de gloire dans l'éternité (HAMON, Méditat. Invent. de la St^e Croix, 1. p.).

al mismo tiempo que se vierte sobre la cabeza de la persona que se bautiza. Si fuera preciso, para administrar el Bautismo, cosas tan difíciles de procurarse cómo para administrar, por ejemplo, la Confirmación, el Orden sacerdotal y la Extrema-Unción, cuántas personas, cuántos niños sobre todo, en peligro de muerte, no podrían recibirlo, y estarían para siempre perdidos!

Lo propio acontece con la cruz. Es una verdad de fé que no nos podemos salvar, una vez llegados á la edad de razón, más que haciendonos aplicación de los méritos adquiridos por Jesucristo al morir por nosotros. Pero, cómo hacernos esta aplicación? Si hubiéramos sido preciso, para esto, unirnos á la cruz sobre la cuál ha dado su vida, no es evidente que la mayoría de los hombres no lo hubiéramos podido hacer nunca, y qué habrían sido entregados, por consiguiente, de una manera forzosa en cierto modo, á la eterna condenación, apesar de la redención hecha en su favor? Así, no es eso lo que se nos pide. Para aplicarnos los méritos adquiridos para nosotros por Nuestro Señor Jesucristo, lo que se exige, es el unirnos, no materialmente á la cruz sobre la cuál ha muerto, sino moralmente á la que ha llevado toda su vida, hasta el último suspiro, y que, lo hemos dicho, se encuentra por todas partes, precisamente á causa de la indispensable necesidad que de ella tenemos ¹.

La cruz del Salvador, tal cómo aquí le entendemos, se encuentra por todas partes. Sería preciso negar la evidencia para no convencernos de ello.

Recorramos todas las condiciones de la vida humana, no hay una en donde la cruz no se encuentre y no se haga sentir. Encuétrase en las riquezas, sea que se tenga miedo de perderlas, si se está unido á ellas fuertemente; sea que se tema hacer mal uso y

1. Dum ædificabatur templum Salomonis, non auditus est mallei strepitus. Quare? quia lapides foris in campo dolabantur. Sic nos foris, id est in hac vita debemus tundi, ut lapides fiamus celestis Solympæ. « Hic tundimur, ut illuc sine reprehensione veniamus », ait S. Gregorius (CLAUS, Spicileg. univ. lib. 6. n. 394).

administrarlas mal, si se las posee con un corazón cristiano. — Encuétrase en la pobreza, que nos condena á privaciones y á sufrimientos de todas clases, y, sobre todo, que nos expone á violentas tentaciones de celos, de envidia y de odio contra los que están más favorecidos que nosotros por este lado. — Encuétrase en el mando, que frecuentemente no sabe lo que precisa hacer para que el bien de todos. — Encuétrase en la dependencia, obligado á ejecutar ordenes que están en oposicion con sus gustos, sus luces y hasta sus intereses. — Encuétrase en la ciencia, siempre más ó menos incierta en lo que cree saber, y siempre más y más sedienta de conocimientos nuevos á los cuáles no puede llegar. — Encuétrase en la ignorancia, privada de las satisfacciones que vé tienen lo que saben, y reducida á pedir consejos á extraños para sus propios asuntos, con el temor demasiado frecuente de ser inevitablemente su victima.

Recorrámos del mismo modo todas las edades de la vida: todas tienen por compañera inseparable la cruz. Al nacer, el niño la encuentra que le arranca sus primeros gritos y le hace verter sus primeras lagrimas. No dará un paso que no la tenga á su lado, bajo forma de enfermedades y de sufrimientos de todas clases. Al crecer, encontrará la cruz en el estudio, y en los combates que deberá librar con sus malas inclinaciones para vencerlas. Hecho hombre, la encontrará en los trabajos á los cuáles se entregará para crearse una posicion, atender á sus necesidades, educar y establecer á sus hijos. Por ultimo, cuando parecerá que la vejez habrá traído para él la época del descanso, la cruz se hará sentir en sus espaldas más pesada que nunca, por el completo desvanecimiento de todas las ilusiones y de todas las esperanzas humanas, por la llegada de las enfermedades y por la proximidad del juicio de Dios, tan inevitable en su realidad cómo incierto en su termino.

Si nos observámos á nosotros mismos, á parte toda consideracion de estado y de edad, las cruces nos aparecen igualmente por todas partes á donde se dirigen nuestras miradas. « Unas veces nosotros las encontramos en nuestro cuerpo: son los dolores, las en-

fermedades, el frio, el calor, la fatiga, la mortificación en nuestras comodidades, en nuestros gustos, en nuestras sensualidades y en el uso molesto ó restringido de nuestros miembros y de nuestros sentidos; otras veces las encontramos en nuestro corazón: es la muerte de un pariente cercano ó de una persona querida, un revés de fortuna que nos hace bajar de rango social; es la compañía de caracteres difíciles y desagradables; son mil deséos que no se puede satisfacer, mil contrariedades que se tropiezan. Aquí, las encontramos fuera de nosotros: es una humillación que nos sobreviene, una falta de consideraciones, una preferencia de otro á nosotros, una burla ó una maledicencia, persecuciones de personas que las despreciamos, que no nos comprenden, que nos odian y que buscan hacernos mal. Allá, las hallamos dentro de nosotros: son tentaciones contra la pureza, contra la esperanza, contra Dios mismo, tinieblas morales, distracciones y disgustos en las practicas de piedad, escrúpulos y dudas que fatigan, algunas veces tambien puras ilusiones; imagináse cosas que no son, y con ello sufren penas crueles¹.

Así como lo dice excelentemente el autor de la *Imitacion*, « la cruz está en todas partes, de ella no podeis escapar; por encima y por debajo de vosotros, por fuera y por dentro, por todas partes encontraréis la cruz². »

Es necesario gemir y afligirnos por ello? Es lo que hacen, sin provecho por otra parte, los hombres que no escuchan más que la naturaleza. Pero el cristiano, mejor instruido, debe ver las cosas de otra manera³. Aprendámos pues.

1. Hamon, *Méditat.* Invent. de la s^e Croix, 1. p.

2. *De Imit. Christi*, lib. 2, c. 12, n. 4.

3. Clamat forte aliquis: Eheu! quamdiu adhuc debeo pati? Audi s. Augustinum: « Per totam vitam christianus debet pendere in cruce, in hac vita enim non est tempus evellendi clavos. Sanctus Job quindecim annis affligetur, et quidem omnibus morbis (enumerantur) nec tamen conqueritur (CLAUS, *Spicileg. univ.* lib. 6, n. 403). — Crux est communis omnibus. Ait enim apostolus, I. Tim. III: *Omnes qui pie volunt vivere in*

II. — *En qué estimacion es preciso tener la cruz.* — Sabeis, cristianos, cuán grande fué la veneracion de Santa Elena por la

Christo JESU, persecutionem patientur. Patientur enim multos adversarios, obtrectatores, invidos, persecutiones a mundo, carne, dæmone. Percurre quotquot a mundo fuerunt justis, non reperies vel unum qui a cruce liber fuerit. Quæ enim et quanta pertulere, Abel, Abraham, Loth, Jacob, Joseph, Moyses, David, Tobias, Job, prophetæ, Macchabæi, apostoli, martyres, confessores? Horum numero si te excludes, cælo te excludes: imo et collegio Christianorum, omnibus enim dixit Dominus: *Qui non bajulat crucem suam et sequitur me, non est me dignus*, Matth. x. Sed nec illi, quos maxime existimavimus cruce carere. crucis sunt expertes. Omnes enim: maledictioni Adami subjecti sunt. Et licet aliquorum cruces nos lateant non tamen ab aliis absunt. Fortunatissimos existimamus reges et qui divitiis affluentibus, otiosam vitam degunt: ii tamen maximas experiuntur tristitias, curas, invidias, insidias, morbos, fastidia. Bene igitur et vere dixit Solon, apud Val. Max. lib. vii. c. 2: « Si in unum locum cuncti mala sua contulissent, futurum, ut propria reportare domum, quam ex omni miseriarum acervo, portionem suam ferre malent. » Quo colligebat non oportere nos quæ fortuito patimur, præcipuæ et intolerabilis amaritudinis judicare... Scelerati demum, qui cupiditatibus suis obsequuntur, gravissimas omnium cruces gerunt, quodque pessimum est, inutiles: « Nam inter omnes tribulationes humanæ animæ, inquit August. Psal. xlv, nulla est major tribulatio, quam conscientia delictorum. » Bonus enim vir, si a tribulationibus externis confugiat ad conscientiam, ibi invenit Deum: malus autem vir fugiens ad conscientiam, invenit carnificem. Quod si reprobi crucem non sentiunt, sed: *Lætatur cum male fecerint, et exultant in rebus pessimis*, Prov. i. non ideo tamen cruce carent. Sunt enim in cruce quodammodo enecti, et sentient aliquando crucem suam, licet sero nimis, cum dicturi sunt: *Lassati sumus in via iniquitatis, ambulavimus vias difficiles*, Sap. v. in monte Calvariæ crucem habuit innocens Christus; crucem habuere nocentes latrones. Inter hos crucem habuit pœnitens, crucem habuit impœnitens: sed iste infructuosam, ille fructuosam. Quis non eligat potius crucem Christi, aut latronis boni, quam mali? (FABER, *Op. conc. Invent. s. Crucis*, conc. 5, n. 1.).

cruz de madera del Salvador que habia ella encontrado en el Calvario. No creyó, de acuerdo con su hijo Constantino, que fué demasiado construir, para abrirla, una iglesia mejor que todas las que se habian edificado hasta entonces. Sabeis tambien que precio se dá a la posesion de las más pequeñas particulas de esta cruz sagrada, y de que piadosos homenajes se las rodea.

Sin embargo, la otra cruz de Nuestro Señor de que nos ocupamos aquí, y que consiste en los sufrimientos y las contrariedades de todas suertes, es mucho más preciosa todavia, sin comparacion. Una sola razon bastará para probaroslo. Ciertamente, la cruz del Calvario há sido el instrumento que há servido á Nuestro Señor para realizar nuestra salvacion. Pero Nuestro Señor, en primer lugar, podia rescatarnos sin dar su vida, una sola suplica, un solo suspiro de su corazon era suficiente para procurar este resultado. En segundo lugar, Nuestro Señor, habiendo resuelto morir por nosotros, podia dar su vida de otro modo que en la cruz. Podia, por éjemplo, morir la cabeza cortada por una espada, cómo San Juan Bautista y San Pablo; ó aplastado bajo una granizada de piedras, cómo San Estevan; ó de otra manera. De todo esto resulta que, si Nuestro Señor há muerto crucificado, no es más que por razones de alta conveniencia, y, por consiguiente, la cruz del Calvario, tán preciosa como nos sea, no há sin embargo sido el instrumento necesario para nuestra salvacion.

Otra cosa diferente acontece con la cruz de las tribulaciones. Esta es para nosotros un instrumento de salvacion no solamente conveniente, sino absolutamente indispensable. No seria indispensable más que para cualquiera que pudiera decirse sin pecado. Pero, quién se atreverá á tener una pretension semejante? Ese, nos dice el apostol San Juan, estaria en la más grosera ilusion¹. La verdad es que todos nosotros somos pecadores no solamente por nuestro origen y por la falta de nuestros primeros padres, sino

1. Si dixerimus quoniam peccatum non habemus, ipsi nos seducimus, et veritas in nobis non est. (I. JOANN. 1, 8).

tambien por nuestra propia malicia y por nuestros propios actos. *El justo* mismo, nos dice el Espiritu Santo, *cae hasta siete veces cada dia*¹. Luego, vosotros sabeis lo que es el pecado; sabeis que es una ofensa á Dios, y, por consiguiente, una falta gravisima. Sabeis que toda falta, con relacion á la justicia, es digna de un castigo. Sin duda, la bondad no está satisfecha más que si ella perdona. Pero los derechos de la bondad no deben destruir por los de la justicia, que, por su parte, exige una reparacion. Estos derechos respectivos de la bondad y de la justicia no son en modo alguno opuestos, como se podria creer. Es lo que vemos muy bien en Dios, que, al perdonar completamente al pecador, no deja de castigar el pecado.

Exigiendo, por consiguiente, toda falta una reparacion, aprendamos de ahí cuán incomparablemente preciosa nos es la cruz de las tribulaciones; puesto que ella, si la recibimos y la llevamos como es necesario, es precisamente la que castiga y repara nuestras faltas. Es principalmente con este fin que nos es enviada por Dios. De suerte que, si Dios no nos la enviara, seria preciso hacernos una nosotros mismos, por medio de las mortificaciones voluntarias; puesto que sin esto, no estando reparadas nuestras faltas en este mundo, caeriamos en el otro en manos de la justicia de Dios, que, por lo menos, nos tendria durante largos años en las llamas expiadoras del purgatorio. Pero, porque nuestra molicie es extrema, muy pocos pecadores hubieran tenido el valor de ejercer sobre ellos mismos los derechos de la justicia divina; y hé aquí porque Dios há juzgado, en su misericordia, que nos era más ventajoso que él nos enviase su cruz. Así nadie está privado de expiacion, y cada cuál puede, sin embargo, añadir, á la cruz que Dios nos dá para llevar, lo que le inspire su celo².

1. Prov. xxiv.

2. *Regnum cælorum vim patitur et violenti rapiunt illud.* Matth. xi, 12. Illud regnum *vim patitur*, seu, ut vertit Vatablus, *vi invaditur*, vi occupatur, et ad illud vi tenditur, quia ut aliquis regnum illud obtineat,

Hé dicho que la cruz de las tribulaciones nos es dada por Dios principalmente para expiar nuestras faltas. Nos es dada tambien, en efecto, por otros motivos, entre ellos para favorecer nuestra conversion y comenzar nuestra justificacion. Porque, qué es lo que

sibi et suis inordinalis propensionibus vim inferre debet per pœnitentiam et mortificationem. Quod intelligendum est de omnibus adultis, qui omnes sibi vim facere debent, ut illud regnum consequantur, quia soli *violenti rapiunt illud* seu illi, qui sibi vim inferunt et vi illud invadunt. Viam ad regnum cælorum nobis paravit Christus, et si quis hanc viam ediscere cupiat, audiat illum dicentem: *Ego disposui vobis, sicut disposuit mihi Pater meus regnum*; Luc. xxii, 29; quasi dicat, sicut Pater meus cælestis per humilitatem et crucem, perque multos labores et dolores æternum mihi paravit regnum, ita et ego dispono ac decerno, ut per crucem, labores et dolores regnum cælorum assequamini. Hæc est via quam paravi vobis, hæc est lex quam sancivi; quod scilicet si mecum in cælo regnare velitis, mecum et crucem prius perferatis. Hæc est lex nobis posita, inquit D. Paulus, *si sustinebimus et conregnabimus*. Tim. ii, 11. Multi sunt viri delicati, qui in hoc mundo gaudere et in alio regnare ambirent. « Delicatus est qui, et hic vult gaudere cum sæculo, et postea regnare cum Christo », S. Hier. ep. I; verum hujusmodi homines nunquam in cælo cum Christo regnabunt, quia statutum est, non regnaturum cum Christo, qui prius cum illo crucem non portaverit: *si sustinebimus et conregnabimus*. Quæ verba explicans Rupertus abbas ait: « Hoc jus legale est apud cælestem regem, ut sicut ipsi Pater, ita nobis ipse disponat in regno præmium, ita quod si sustineamus, conregnemus. » In Apoc. I. Ecce legem positam. Quam legem perfecte noverat D. Paulus, dicens, quod *per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei*; Act. xiv; non per voluptates sæculi, imo *per multas tribulationes*; nec ait D. Paulus, quod ita fieri congruat, sed quod *oportet*, quod verbum necessitatem importat. Necessarium autem, ut ait Aristoteles, est *quod non contingit aliter se habere*; cum ergo necesse sit, nos per multas tribulationes in regnum Dei intrare, quicumque in hoc mundo vivit sine tribulationibus multis, in regnum Dei non intrabit; nec aliter res se habebit. Hæc est illatio D. Hieronymi, dicentis: « Per multas tribulationes quibusdam aperitur aditus ad regnum Dei: illis utique clauditur, qui nolunt sustinere

nos desvia de Dios? son las criaturas á las cuáles nos unimos creyendo encontrar en ellas la felicidad. Pero la cruz de las tribulaciones tiene por efecto hacernos comprender que estas criaturas no podrian satisfacernos, puesto que en lugar de darnos dulzuras, ellas no pueden procurarnos finalmente más que amarguras¹. Es

vel pauca. » Ep. ad Ocean. Ecce veram celi viam, viam quidem bre-
vem et securam, at viam etiam necessariam et qua necessario tran-
seundum est (LASELVE, *Ann. apost. conc. de s. crucis invent.* p. 3,
n. 3).

1. Completamente convencidos como estamos de la nada de los bienes de la tierra, no corresponde más que á la adversidad el darnos una lección muy eficaz, que desengañe á nuestro espíritu, y despegue nuestro corazón. Estamos todos persuadidos, en general, de la nada y de la vanidad del mundo, y vemos frecuentemente que los que están á él más pegados, son los más elocuentes en esponer la vanidad de sus bienes. A juzgar por lo que piensan, por los retratos vivos y conmovedores que hacen algunas veces, se les creeria desengaños; pero hay pocos en la prosperidad cuyas maximas curen el espíritu; y despues que cada uno há razonado sobre la fragilidad de las cosas humanas, la pasión vence siempre al razonamiento. Luego, la adversidad nos aplica los principios generales; ella nos los hace propios, y por una experiencia evidente que sola tiené la fuerza de desinteresar el corazón, nos hace sentir estas verdades que nos eran como extrañas. No se nos dice ya en general que la salud es un bien fragil, sobre el cuál hay poco fundamento que hacer; que los temperamentos los más robustos son alterados por los más ligeros accidentes. Entonces es inutil en general decir que no es preciso de tal modo hacer depender nuestro destino de los grandes, que ponemos en ellos nuestra confianza y todo nuestro apoyo. En la prosperidad, todas estas lecciones hacian poca impresion en nuestro espíritu; la desgracia de los demás no es para nosotros una instruccion ó una advertencia; parece, por el contrario, que ella nos dá un nuevo ascendiente sobre ellos, considerandonos como personas privilegiadas; pero la frialdad de un amo que principia á retirar su confianza, el favor de un nuevo llegado que se apodera del espíritu del príncipe, una desgracia llamativa que cambia el aspecto de las cosas, la perfidia de un amigo que nos falta en la necesidad; to-

asi como esta cruz, despues de haber disipado nuestras ilusiones, nos conduce hacia Dios, para quién solamente hémos sido hechos¹. Y ella nos lleva á él de una manera más pronta y duradera que no podria hacerlo ningun discurso, porque no lo hay tal, para convencernos de que la felicidad no está en las criaturas, sino cuando hémos hecho personalmente la experiencia².

do esto no nos dice más eficazmente, qué no debemos apoyarnos sobre los hombres? No es solamente el apostol quién nos advierte que no pongamos toda nuestra confianza en las riquezas, que es una base siempre incierta: cuando nuestros negocios van bien, nos lisonjamos que no carecerémos nunca; pero la pérdida de un proceso, la supresion de un cargo, años de escasez; todas estas cosas nos hacen conocer el poco fundamento que hay que poner en las prosperidades temporales, y una voz interior nos hace oír estas palabras del profeta, sea que las riquezas os vengan en abundancia, sea que os escapen por su fragilidad, no pongais en ellas vuestro corazón (*Ensayos de serm.* para Ad., 2^o dom.).

1. Sanctus David ait: *Tribulatio et angustia invenerunt me*, etc. Super quod Ambrosius: « A tribulatione inventus est. » Quamdiu rex David in prosperitate vixit, quamdiu leones vicit, gigantes stravit, subditorum favores, et populorum applausus retulit, bono genio volupte vixit, imo etiam oculos, animumque ad Betsabæas extendens, præcepta Domini parum curæ habuit. At ubi Saulem, Absalonem, Semei, aliosque adversarios sensit, roburque exercitus, quo superbiebat, peste extenuatum perdidit, tunc mandata Dei respicere, eorumque transgressiones, tanquam malorum suorum causas deplorare cæpit, prout ipse fassus est: *Tribulatio et angustia invenerunt me! Quid evenit? Mandata tua meditatio mea est.* En, quanta sit utilitas tribulationis! aurem nobis velliat, ut recordemur mandatorum Dei? Id quod affirmat s. Gregorius inquires: « Mala, puæ nos hic premunt, ad Deum ire compellunt, » etc. (CLAUS, *Spiciley. univ.* lib. 6, n. 392).

2. De qué medios más eficaces Dios puede servirse para atraer el pecador, y convertirle? Le inspirará santos deseos? cuántos há ahogado el pecador? Hará brillar nuevas luces en su espíritu? es un ciego voluntario que cierra los ojos. Le enviará algunos de sus profetas? si no les hace morir como han hecho algunos reyes de Israel,

Pues bien, si la cruz de las tribulaciones nos presta semejantes servicios, que nos despaga de las criaturas, nos lleva hacia Dios y nos hace expiar nuestras faltas, no es evidente que debemos quererla sobre todo, puesto que no hay nada que pueda sernos tan saludable y tan provechoso? Tales son los sentimientos de todos los santos, que, lejos de huir de la cruz, la han buscado como el más rico de todos los tesoros, y abrazado como la mejor de las amigas¹. Que estos sentimientos sean, pues, los nuestros también.

les tratará de censores y de impostores. Realizará algún milagro á sus ojos? Se endurecerá contra los milagros. Por último, Dios, para tocarle el corazón, se comunicará á él en los sacramentos? plugiése al Señor, que jamás los hubiése participado! él ha encontrado la muerte, en donde los demás encuentran la vida; los remedios más saludables han sido un veneno para él. Qué camino tomará, pues, para ganar al pecador que ama, y que quiere salvar? Es aquí, Salvador mío, que reconozco verdaderamente, que no queréis la pérdida del pecador, sino su conversión. Después de haber empleado las más dulces estratagemas, para conmovér á un pecador endurecido, vos le obligáis, apesar suyo, á convertirse por la aflicción, que es como el último remedio. (*Extracto de un sermón manuscrito*). Nada es más eficaz para adherirnos á Dios como la adversidad; porqué esto? Porque entonces, nos despertamos por nuestras propias necesidades, y cómo obligados á volver á él. Advertid, que en cualquier estado que el hombre se encuentre, quiere ser feliz, no pierde nunca esta inclinación natural; si no encuentra consuelo en este mundo, lo busca en Dios. A la adversidad corresponde poner al hombre en esta dichosa situación de espíritu, en que la eternidad impresiona fuertemente. En la prosperidad, las verdades de la fé, los bienes de la otra vida, nos conmueven poco; porque los sentidos agotan toda la atención del hombre, y le hacen imposible para pensar en los bienes invisibles; mucho menos amarlos. Pero, cuando los sentidos están desengañados por las aflicciones del cuerpo y del espíritu, esta favorable disposición hace revivir en el corazón las máximas eternas; la fé entra en su derecho; todo lo que el hombre carnal no podía comprender, aparece claro, y la virtud muestra se amable. (Tiberge. Serm, 6 día).

1. S. Paulus erat in laboribus plurimis, in carceribus abundantius,

Hagámos buena acogida á toda cruz que nos venga, puesto que es la más preciosa de las gracias que Dios pueda concedernos.

Conclusion. — Así, cristianos, la cruz se encuentra por todas partes, es decir, en todos los estados, en todas las condiciones y en todas las edades de la vida; de suerte que se quiera ó que no se quiera, se tiene que cargar con ella; y es necesario llevarla. Sin embargo, se sería grandemente injusto quejándose, puesto que es de una manera cierta el instrumento necesario para nuestra salvación, que facilita despegarnos de las criaturas, conduciendonos á Dios y haciendonos expiar nuestras faltas. La conclusión de todo esto es, por consiguiente, cómo acabo de decirlo, la estimación y el amor á la cruz. Si apreciamos el dinero, que, no obstante, nos perjudica más frecuentemente que nos sirve; cuánto más no debemos estimar y amar la cruz, que no nos perjudica nunca y nos presta servicios mucho más preciosos que el dinero! Reformémos nuestras ideas sobre la cruz. Ciertamente es que ella es dura para el cuerpo en este mundo; pero, aceptada y llevada con buena voluntad, será la salvación del alma y del cuerpo mismo durante la eternidad. Así sea.

in plagis supra modum, in mortibus frequenter, et tamen dicebat: Placeo mihi in infirmitatibus meis, in contumeliis, in necessitatibus, in persecutionibus, in angustiis pro Christo. II. Cor. xv (LOHNER, *Biblioth. v. Cruz*). — S. Ignatius tanti aestimabat carceres, probra, persecutiones, ut aperte diceret, si hæc una in partestateræ collocarentur, et in altera, quidquid a Deo creatum est appenderetur, vix hoc omne præ prioribus momentum aliquod apud se habiturum. Hinc procul dubio contigit, ut cum absens esset Ignatius, quietissime socii viverent, cum ad eos rediret, statim persecutio aliqua in omnes oriretur (Id. *ibid.*). — S. Theresia dicere solebat: « Nolim tribulationes cum omnibus mundi thesauris commutare. » (Id. *ibid.*). — In cruce salus, in cruce vita, in cruce protectio ab hostibus, in cruce infusio supernæ suavitatis, in cruce robor mentis, in cruce gaudium spiritus, in cruce summa virtutis, in cruce perfectio sanctitatis (THOM. A KEMP. *De Imitat. Christi*, lib. 2, c. 12, n. 2).